

Tony Benn, líder del laborismo británico:

“Se habla de libertad en Polonia, pero se oprime en El Salvador”

Entrevista por Raimundo Elgueta y Fernando Ruz

Tony Benn, dirigente indiscutido de la izquierda laborista británica, tiene el honor de ser la persona más difamada por los medios de comunicación en Gran Bretaña. Aunque la parte sustancial de la ideología de Benn arranca de una antiquísima tradición inglesa, de una democracia radical y popular, su trayectoria actual se entiende mejor partiendo de las posiciones que adoptó a comienzos de la década de los 70.

Entonces Benn había terminado recién su experiencia como ministro de Tecnología de Wilson (gobierno laborista de 1964 a 1970), y no eran pocos los que pensaban que el suyo era el clásico radicalismo del “laborismo de oposición”, verborrea rojiza que caracterizaba a varios de sus colegas en aquella experiencia nefasta de administrar el capitalismo benefactor de la post guerra. Pero algo no encajaba. La prensa amarilla empezaba a insistir sobre los ojos “agudos y penetrantes” de Benn; su pasado “aristocrático” (aludiendo al título nobiliario, del que se deshizo luego de un largo proceso legal en los años 50); y sobre su “pasión” (rasgo poco inglés). La idea fue desacreditarlo por visionario utópico o simplemente chiflado. Es que se veía a Benn junto con los obreros que tomaron el control de los grandes astilleros escoceses para evitar su liquidación y de los mineros que terminaron echando abajo al gobierno conservador de Heath en 1974. Era la primera vez que un dirigente de la izquierda laborista combinaba la actividad parlamentaria con la extra parlamentaria de movilización de masas.

El proceso de radicalización de Benn continuó durante el gobierno de Wilson y Callaghan (gobierno laborista de 1974 a 1979); empezó como ministro de Industria para luego ser removido por sus ideas de planificación económica y democracia industrial, y terminó confinado en el ministerio de Energía. Desde entonces, los grandes méritos de Benn han sido sacar a relucir la herencia democrática del socialismo; su prédica de una estrategia socialista basada en el control y administración de la economía por la clase obrera; y el apoyo que ha prestado a toda acción popular con fines políticos progresistas. La popularidad de esta postura ha sido suficiente para hacer temblar a la burocracia laborista y para conseguir las reformas más profundas en la historia del partido.

Tony Benn es la figura que más ha unificado a la auténtica izquierda en toda la historia del laborismo británico. Ha hecho más que nadie en la izquierda para hacer patente que el capitalismo benefactor de la post guerra está agotado por falta de base material que lo alimente; y que, además, el esfuerzo inútil del laborismo por acomodarse a aquella empresa ha socavado las bases morales y políticas de la clase obrera británica.



Esta es la entrevista que concedió en Londres a CONVERGENCIA :

— *Compañero Benn, ¿cómo definiría usted el carácter del laborismo británico y qué influencias se expresan en su ideología?*

— Cada país extrae sus ideas políticas de su propia historia, y la historia del socialismo en Inglaterra es muy antigua. Como Uds. saben, celebramos el año pasado los 600 años de la *gran rebelión campesina*, cuando por primera vez se proclamó la necesidad de propiedad colectiva de la tierra, de los instrumentos productivos, etcétera. Es decir, 600 años de ideario socialista. Además hay que considerar que este país vivió la primera revolución europea, 150 años antes de la Revolución Francesa, en 1649, cuando el rey fue ejecutado y se creó una República parlamentaria, bajo Cromwell. Numerosas ideas fueron generadas en este proceso, ideas que fueron de gran influencia en Francia y la revolución estadounidense y que todavía juegan un papel de importancia en la política inglesa.

Otro elemento importante es, por supuesto, el desarrollo del movimiento sindical. Este se levanta a partir de los gremios del medioevo, gremios de artesanos que fueron desplazados por la nueva tecnología, hasta constituirse en los sindicatos modernos de trabajadores industriales. Y corresponden a estos sindicatos las primeras demandas, la primera campaña por el derecho a voto para los trabajadores; más tarde se agrega el movimiento sufragista femenino. Y es en esta lucha que el movimiento popular decidió que debía estar representado, directamente, en el parlamento. Ya no podía confiar la representación de sus intereses a los conservadores o al Partido Liberal. Con este objeto se crearon los Comités de Representación de los Trabajadores.

A estos elementos hay que agregar un ingrediente específicamente socialista. Es difícil precisar su origen exacto, pero podemos partir de Robert Owen, un industrial progresista y democrático, el primer hombre calificado como socialista; y en efecto, sostenía ideas de carácter socialista, aunque era sin embargo premarxista. Luego, por supuesto, tenemos a Marx, quien vivió y trabajó —por muchos años— en Inglaterra. Y así, de una manera curiosa, es posible afirmar que tanto el capitalismo, como el socialismo y el comunismo tienen sus orígenes en Gran Bretaña.

Todo esto fructificó en 1918, cuando los Comités de Representación se transformaron en el Partido Laborista, y éste adoptó un perfil socialista.

Tenemos además en nuestro país un movimiento sindical unido en una sola central (TUC). No tenemos los sindicatos católicos o comunistas en distintas centrales, como en Francia. Nuestro movimiento sindical unido está constituido por 10 millones de trabajadores, cifra ligeramente reducida por la recesión. De estos 10 millones, 6 millones pertenecen a

sindicatos afiliados al Partido Laborista, es decir, forman parte orgánica del partido y forman la verdadera base de nuestra organización. Dentro de nuestro partido coexisten las ideas socialistas, el cooperativismo, el ideario marxista, las corrientes owenistas, la Sociedad Fabiana; y éste es el carácter del Partido Laborista inglés.

— *Estas diferencias se han expresado en la existencia de corrientes antagónicas en el laborismo. ¿Cuál es el desarrollo general de estas corrientes, y cuál es su posición en el Partido?*

— El Partido Laborista ganó su primera elección en 1924, y fue derrotado después de sólo diez meses. En 1929, nuevamente formamos un gobierno de minoría que fue derrotado en 1931; sus dirigentes abandonaron entonces el partido para formar parte de un gobierno nacional, y tuvimos un gobierno de derecha encabezado por un ex primer ministro laborista. Desde entonces, en el Partido Laborista existe una suspicacia democrática sobre su dirección. Si seguimos líderes en lugar de políticas, siempre existe la posibilidad de traición.

Después de la derrota de 1979, un importante sector del partido —entre los cuales me cuento— se planteó la necesidad de salvarlo de su declinación, de su abandono del socialismo, de su alejamiento del movimiento sindical. Para conseguir esto, es necesario cambiar su política por una estrategia socialista basada en la reconstrucción de nuestra industria; en el retiro del Tratado de Roma, porque éste impide la realización de un programa socialista; la clausura de la Cámara de los Lores; y el retiro de las tropas estadounidenses del suelo británico.

Estas políticas fueron aceptadas por la mayoría absoluta del partido, y en un plazo de dos años fueron impulsados nuevos cambios. Esta vez, para asegurar que tales políticas sean verdaderamente realizadas por un futuro gobierno laborista, las reformas buscan aumentar el control democrático del partido sobre sus direcciones. Se hicieron dos cambios: 1) la reelección obligatoria de todos los parlamentarios laboristas y 2) la creación de un colegio electoral para la elección de los líderes del partido, para asegurar que la voz del partido no sea ignorada, ya que ahora podemos hacer reemplazos en la dirección si es que nuestros acuerdos no están siendo cumplidos.

Durante estos dos últimos años, el partido ha realizado un análisis introspectivo y la izquierda ha conseguido avances considerables. Hemos realizado los cambios propuestos, y esto ha acarreado la deserción de los elementos social-demócratas y la formación de un nuevo partido, el Partido Social Demócrata (SDP). Representa un nuevo partido conservador, un partido corporativista autoritario. Sus políticas no están claras, pero si está claro que el Partido Laborista se enfrenta ahora a dos partidos conservadores.

Con la misma energía que hemos puesto en convencer al partido de la necesidad de cambios en su política, nos vamos a dedicar a convencer al pueblo británico de la corrección de nuestro análisis. La consigna es, entonces, hacia el futuro y hacia el electorado, en lugar de hacia el pasado y en un debate interno.

Tenemos una enorme tarea por delante: preparar el camino para un cambio estructural en la sociedad y en la política británica.

— *Existiendo diversas corrientes en su seno, ¿cómo mantiene el partido su unidad de acción? Y puesto que los aportes de las diversas orientaciones contribuirían a formar una concepción sui generis de socialismo, ¿cómo se insertan en esta concepción las experiencias del llamado socialismo real?*

— Los británicos no somos personas muy inclinadas a la discusión ideológica. En el Partido Laborista coexisten diversas corrientes de pensamiento; en un extremo encontramos marxistas y, en el otro, a personas que son realmente liberales progresistas. Sin embargo, existe cierta suerte de acuerdo que permite mantener la unidad de acción del partido. Quizás uno de los factores que permite mantener esta unidad de acción es el papel determinante que en el Partido Laborista juega el movimiento sindical.

El carácter amplio del Partido Laborista se expresa en la existencia de varias formas o niveles de organización. En primer lugar, tenemos la agrupación sindical, que puede ser conscientemente socialista o no, pero de todas formas es la expresión primaria de la conciencia social de la clase obrera. En segundo lugar, tenemos la agrupación electoral, que es el Partido Laborista mismo, en donde se reúnen personas que representan diferentes corrientes de opinión en torno a un programa concreto que define las bases

El fantasma de Keynes

Atilio Borón

El ascenso de Ronald Reagan a la presidencia fue posible, entre otras razones, gracias a las amplias repercusiones alcanzadas por el proceso de descomposición ideológica del capitalismo en los EEUU. Elemento esencial de la "ideología norteamericana" posterior a 1929 era un cierto consenso acerca del contenido de los antagonismos sociales y de los métodos aceptables de acción política. La institucionalización de la lucha de clases suponía, como premisa última e indiscutible, la bondad y justicia intrínsecas, y eternas del régimen capitalista, lo cual circunscribía el alcance de las reivindicaciones de las clases subalternas y señalaba, de modo igualmente preciso, las reglas del juego a las que habrían de atenerse los participantes. La permanencia de este consenso fundamental dependía de la eficacia mediadora del Estado, que en este diseño asumía las tareas de "corregir" los efectos indeseables derivados del juego de las fuerzas ciegas del mercado y del darwinismo social característico de la sociedad estadounidense.

Fue Franklin D. Roosevelt quien, en la década de los años 30, expresó políticamente la recomposición keynesiana del capitalismo. El "New Deal" consagró la impostergable rearticulación entre mercado y Estado, asignándole al último —que por tradición había sido hasta entonces una institución relativamente marginal— un papel central en la reproducción ampliada del capital, "sostenida" ahora de modo más directo y profundo por una impresionante variedad de intervenciones gubernamentales. La resolución de la crisis y el extraordinario auge capitalista de la postguerra estuvieron signados por esa nueva articulación entre economía y política: el Estado debía gobernar políticamente al mercado y hacer posible una nueva hegemonía

burguesa asentada sobre una sólida legitimidad política.

La actual crisis del capitalismo estadounidense ha destruido la posibilidad de mantener el compromiso de clases forjado por Roosevelt: la crisis, capitalizada electoralmente por la derecha, pretende ser resuelta por el nuevo equipo gobernante "liberando" al mercado del maligno legado keynesiano. Sin embargo, esta propuesta no ha encontrado respuestas demasiado entusiastas entre los círculos dominantes del capitalismo estadounidense, escépticos ante economistas que todavía creen en supersticiones como la "mano invisible" o que los precios de las mercancías los fija el mercado. El fantasma de Keynes parecería así haberse posesionado de la burguesía estadounidense, y desde allí se cobra desquite contra los aprendices de brujo que librescamente decretaron la obsolescencia de su sabiduría. El capitalismo monopolista, decía Keynes, exige imperativamente de la intervención estatal. Por eso *Wall Street* desconfía de los cantos de sirena de los nuevos mandarines de la ciencia económica: lo deseable sería conservar el Estado keynesiano, esencial para la acumulación, pero desembarazado del pacto social que lo carga con un potencial de desarrollo democrático inaceptable para la burguesía estadounidense.

Reagan, por el contrario, ofrece restaurar la primacía del mercado, propuesta que sólo puede provocar la sonrisa desdeñosa de los dirigentes del capital monopólico. Su incredulidad ante los proyectos económicos de Reagan ensombrece aún más los pronósticos sobre el curso de la crisis. De este modo, la pertinaz presencia del fantasma de Keynes en *Wall Street* parece destinada a desbaratar los planes de Reagan en un decisivo año electoral. (X)

de nuestro trabajo común. En tercer lugar, encontramos los grupos de presión, que son grupos muy amplios donde confluyen no solamente militantes laboristas sino también militantes de otros partidos con el objeto de aunar fuerzas en la lucha por problemas muy concretos, como por ejemplo los movimientos pacifistas, antifascistas, antirracistas y feministas.

En un plano totalmente distinto, tenemos las agrupaciones educacionales, que son grupos donde socialistas de diferentes orígenes se reúnen a discutir, estudiar y aprender de la experiencia socialista en otras partes del mundo. En una perspectiva externa, el objetivo de estas agrupaciones es elevar la conciencia de la opinión pública acerca del socialismo, porque hasta que no exista por parte de la mayoría del pueblo un entendimiento del sentido profundo del ideario socialista, enfrentaremos serias dificultades para llevar a cabo cualquier programa de cambio de la sociedad británica.

Uno de los problemas que requiere especial atención en el debate ideológico al interior del Partido Laborista es el problema del carácter de la sociedad socialista que queremos construir en Gran Bretaña. Mi opinión personal es que los conceptos de socialismo y democracia son inseparables. Socialismo sin democracia conduce a situaciones como las de Polonia; esto es, a un golpe militar, supresión de garantías políticas y sindicales, represión en contra del movimiento obrero. Quizás Jaruzelski juega hoy en Polonia el mismo papel que Pinochet jugó en Chile; esto es, cuando el consenso social desaparece y el sistema político económico se quiebra, la única solución es la dictadura militar.

Nosotros queremos construir una sociedad en donde exista democracia política y sindicalismo libre, pero en la que también exista una más justa distribución del poder y la riqueza. La campaña de propaganda de la derecha intenta también utilizar la burocracia del capitalismo de Estado británico, mucha de la cual ayudó a crear el propio Partido Laborista, como un argumento en contra del socialismo, diciendo que el modelo británico de socialismo conducirá a la creación de un Estado totalitario, controlado por una burocracia estatal sedicentemente socialista. Esto es una afirmación que carece de todo sentido, dado que somos nosotros los que hemos venido argumentando sobre la necesidad de reducir los privilegios de la burocracia estatal y someter su actuación al control democrático de los trabajadores.

Tenemos que superar las limitaciones que enfrentamos en el proceso político británico, algunas de las cuales son reales y otras son producto de la propaganda de la derecha. Con este objeto, tenemos que dar una perspectiva del tipo de sociedad socialista que queremos, que deberá ser realmente una etapa superior del desarrollo social. Las condiciones para

que se desarrollen las ideas socialistas en Gran Bretaña son hoy día más favorables que lo que han sido por largo tiempo. El capitalismo de Estado es incapaz de asegurar el bienestar de las masas asalariadas, y es cada día más contradictorio con la existencia de la democracia política y el sindicalismo libre. Más aún, considero que los cambios recientes en el movimiento eurocomunista y los acontecimientos sucedidos en Hungría en 1956, Checoslovaquia en 1968 y Polonia en 1981 son acontecimientos potencialmente muy creativos, por lo que el Partido Laborista va a tener que abrirse mucho más a las experiencias socialistas en otras partes del mundo y al debate ideológico con otras corrientes de pensamiento socialista.

— *En la presente coyuntura política británica, ¿cuál es la opción socialista que plantea el Partido Laborista?*

— Hoy día, en Gran Bretaña, existen dos centros de poder, que son totalmente incompatibles entre sí: el primero es el poder del capital, que depende de la existencia de la propiedad privada de los medios de producción y que por lo tanto es fundamentalmente anti democrático; el segundo, lo constituye el movimiento sindical, que se organiza para proteger a quienes crean la riqueza de la explotación por parte de quienes poseen el capital.

La crisis de la economía británica, a partir de comienzos de la década del 70 ha contribuido a generar condiciones en las que los dos centros de poder han visto sus expectativas frustradas; esto es, el capitalismo "benefactor" británico ha dejado de funcionar adecuadamente, y la dirigencia laborista ha carecido de la voluntad política para transformar la sociedad. Estas condiciones han sido utilizadas por el monetarismo *thatcheriano* para presentarse como una gran fuerza liberadora en contra del poder del Estado. Desde el punto de vista del movimiento obrero, sin embargo, la solución de la crisis requiere de un nuevo arreglo constitucional, que sea mucho más favorable a la clase obrera que el actualmente existente.

La derecha británica sostiene que el sistema se encuentra en crisis porque los trabajadores no quieren trabajar, los administradores de empresa son incompetentes, los políticos son deshonestos y agentes comunistas disfrazados de militantes laboristas, interesados en preparar la destrucción de la democracia británica. La realidad es que la crisis tiene su origen en las contradicciones propias de un sistema capitalista decadente, las que sólo pueden ser resueltas si los trabajadores usan su fuerza para liberarse de la explotación del capital.

Una de las condiciones básicas que se requiere para satisfacer las demandas de los trabajadores es la reconstrucción de nuestra capacidad industrial, seriamente deteriorada como resultado de la aplicación de la política monetarista del gobierno de la

Thatcher. Ahora bien, la reconstrucción de nuestra industria va a requerir de una fuerte participación del Estado en la gestión económica y, con toda seguridad, de una importante extensión de la propiedad pública del sector industrial. Vamos a requerir entonces desarrollar un sistema de planificación, pero no un sistema de planificación centralizado y burocrático como el soviético, sino un sistema de planificación descentralizado y democrático, en el que los trabajadores mismos tengan el poder de controlar sus industrias. En una democracia, el electorado tiene el poder de elegir y cambiar sus gobernantes, ¿por qué entonces los trabajadores no pueden tener el derecho a designar y remover los administradores de sus empresas?

También vamos a necesitar de una importante extensión de los servicios de bienestar público, en parte porque en la medida en que la industria se moderniza, mediante la introducción de tecnología avanzada, la extensión de los servicios de bienestar público va a permitir reemplazar a los trabajadores desplazados. En la depresión de los años 30 el problema del desempleo fue resuelto a través de un aumento en el gasto público dirigido al rearmamento. Nosotros también incrementaremos el gasto público para resolver este problema, pero esta vez no usaremos los recursos en la producción de armas, sino que en la construcción de más casas, más hospitales, más escuelas para nuestro pueblo.

La reconstrucción industrial, la extensión de la propiedad pública en el sector industrial, la creación de un sistema de planificación descentralizado y democrático y la extensión de los servicios de bienestar público son, entonces, los cuatro elementos principales de lo que nosotros llamamos una estrategia económica alternativa. Debemos entender, sin embargo, que la realización de esta estrategia económica va a provocar un ataque en contra nuestra de parte de la Comunidad Económica Europea (CEE) ya que interfiere con el Tratado de Roma. Esto también provocará una violenta reacción por parte del Fondo Monetario Internacional (FMI) como ocurrió en el caso de Chile. Finalmente, la aplicación de esta estrategia va a implicar un choque frontal con las compañías multinacionales, las que tendrán que aprender a vivir con nosotros o tendrá que haber una expansión aún más substancial de la propiedad pública. Estas políticas son tan atractivas para la opinión pública cuando tiene la oportunidad de conocerlas, que toda la prensa británica tiene que trabajar 24 horas al día, siete días a la semana, 52 semanas al año, tratando de desprestigiarlas, acusándonos de extremistas, trotskistas o agentes comunistas. Esto sucede porque la derecha no puede responder con argumentos y tiene que crear chivos expiatorios.

Durante los próximos dos años, estoy convencido

que nuestras políticas van a ser acogidas por la enorme mayoría de la población y que, por lo tanto, en 1984, el Partido Laborista retornará al gobierno con una mayoría suficientemente grande como para llevar a cabo nuestra estrategia económica alternativa. Para asegurar que esto suceda, debemos hacer todos los esfuerzos posibles para que el futuro gobierno laborista trabaje codo a codo con los sindicatos, y no se transforme en una fracción parlamentaria elitista y aristocrática como sucedió con los gobiernos de Wilson y Callaghan.



Esta es la esencia de nuestra política; es moderada en sus aspiraciones, radical en sus análisis y seria en su intención. Es particularmente esta última característica la que más asusta al *establishment* británico, porque si el próximo gobierno laborista se encuentra formado por personas que realmente quieren llevar a cabo lo que se plantea, el sistema se encontraría realmente en peligro. A ellos no les preocupa la retórica de las resoluciones de las conferencias, lo que realmente los asusta es la posibilidad verdadera de que se realicen, y yo estoy seguro que en esta oportunidad así será. Esta es la naturaleza de nuestro desafío al sistema, y ciertamente contribuye a explicar la violencia con que somos atacados por el *establishment*.

— *Todo esto plantea algunas interrogantes. En 1974 el manifiesto electoral laborista comprometió al par-*

tido a impulsar "un cambio fundamental e irreversible en la distribución del poder y la riqueza en favor de los trabajadores y sus familias". Al final del período, en 1979, nada de esto había sucedido. ¿Cuáles son a su juicio las razones de este fracaso?

— Antes que nada, me gustaría señalar que la frase citada nunca fue aceptada por el liderazgo parlamentario del Partido Laborista. Este nunca fue su objetivo, sino más bien llegar al gobierno y administrar la economía capitalista mejor que *Mr. Heath*. En este sentido, no puede hablarse de un cambio de política durante el gobierno de *Wilson*: él nunca creyó en el programa laborista, aceptó las resoluciones de la conferencia del partido porque pensó que cuando llegara al gobierno, él estaría a cargo, y podría siempre recurrir a la lealtad del partido y usar esa lealtad para silenciar las críticas.

El segundo elemento que debemos tomar en cuenta es que el gobierno laborista elegido en marzo de 1974 fue un gobierno de minoría, que se transformó en un gobierno con una pequeña mayoría en octubre de dicho año. Pero la elección más importante ocurrió en el verano de 1975 cuando *Wilson*, apoyado por un gabinete elegido a puerta cerrada, convocó a un *referendum* para que el electorado británico se pronunciara con respecto al ingreso de Gran Bretaña a la CEE. El *referendum* fue convocado con un solo objetivo: derrotar a la izquierda del Partido Laborista. Así fue que se formó una coalición constituida por el liderazgo conservador, el liderazgo liberal, el gobierno laborista, la banca, la industria y los medios de comunicación de masas, todos los cuales lucharon, codo a codo, por destruir la política laborista con respecto a Europa, así como también para destruir la influencia de la central única de trabajadores, la que siempre se ha opuesto al ingreso de Gran Bretaña a la CEE. Tan pronto como este *referendum* se llevó a cabo, *Wilson* pensó que tenía carta blanca para introducir las políticas revisionistas que caracterizan su gobierno, las cuales no se diferenciaban en lo esencial de las políticas del anterior gobierno conservador. Fue entonces cuando *Wilson* decidió retirarse de la política activa y *Callaghan* fue elegido nuevo líder del partido.

Coincidiendo con estos acontecimientos, la banca y la industria comenzaron a presionar al gobierno laborista para que éste redujera drásticamente el gasto público e impusiera una política de control salarial. Pero estas medidas generaron tal resistencia por parte del Partido Laborista y el movimiento sindical que, al final, el FMI tuvo que intervenir. Realmente pienso que hubo un entendimiento secreto entre el *establishment* y el FMI con el objeto de combinar fuerzas y obligar al gobierno laborista a imponer estas políticas tan impopulares. La reducción en el gasto público fue realizada inmediatamente después

de las negociaciones con el Fondo en 1976. Al mismo tiempo, se comenzó a generar un fuerte movimiento de resistencia de parte de los sindicatos, que desembocó finalmente en el llamado "invierno del descontento", a finales de 1978, y que determinó la caída del gobierno laborista a comienzos de 1979.

Creo que éste será el problema principal que va a enfrentar el próximo gobierno laborista, ya que si tratamos de reactivar la economía a través de una política típicamente keynesiana, que es exactamente lo que la derecha del Partido Laborista entiende por estrategia económica alternativa, muy pronto enfrentaremos la misma clase de problemas, seremos sujetos a la misma clase de presiones por el FMI y ocurrirá exactamente el mismo resultado. La única manera de evitarlo es a través del desarrollo de un fuerte movimiento sindical, y de un Partido Laborista dirigido por un liderazgo representativo del sentimiento de las bases. Es precisamente por ello que la reintroducción de los *objetivos socialistas* del laborismo en el programa del partido y las reformas internas son tan importantes.

Cabe señalar que las reformas de la estructura partidaria han sido más difíciles de conseguir que las reformas del programa del partido. La derecha laborista siempre ha sabido que las resoluciones de las conferencias son fáciles de manipular cuando no existe un control democrático de las bases sobre sus dirigentes. Si nosotros nos hubiéramos mantenido exclusivamente en la retórica socialista, la derecha laborista no se hubiera preocupado mayormente. Pero cuando comenzamos la lucha por reformar la estructura partidaria y vimos la reacción de la derecha, nos dimos cuenta que estábamos tocando un punto extremadamente sensible no sólo del Partido Laborista sino también del movimiento sindical. Esto último es importante de destacar, porque estoy seguro que la discusión sobre la democracia partidaria va a ser recogida y desarrollada por el movimiento sindical, lo que será muy positivo.

Muchos trabajadores piensan hoy día, con justa razón, que con la misma obstinación que el gobierno de la *Thatcher* defiende los intereses del capital, el próximo gobierno laborista debería defender los intereses de los trabajadores. Todo esto obviamente refleja una polarización política y social en Inglaterra, una polarización que siempre ha existido, pero que había estado encubierta por los éxitos transitorios del capitalismo "benefactor" durante el período de la post-guerra. En la medida en que el sistema comenzó a hacer crisis a mediados de la década del 70, se generaron las condiciones para que el Partido Laborista reencontrara su ideario socialista.

— *¿Cuáles son a su juicio, las limitaciones y obstáculos que enfrentaría una política laborista como la que usted ha planteado?*

— Las presiones serán obviamente muy grandes. Las presiones domésticas dependerán de nuestra mayoría electoral. La magnitud del apoyo electoral que obtengamos es importante, porque será un índice de que el pueblo entiende lo que nosotros estamos diciendo y estará dispuesto a apoyarnos. Las presiones internas provendrán principalmente de la banca, la industria, la burocracia estatal y, muy especialmente, de los medios de comunicación.

A nivel internacional, los principales obstáculos que enfrentamos provendrán de la CEE, el FMI y las compañías multinacionales, de todos los cuales ya hemos hablado. Es también necesario considerar las presiones que intentará ejercer el gobierno de los EEUU. En este sentido, la experiencia de Chile ha hecho que muchos de nosotros comenzáramos a pensar acerca de la posibilidad que el gobierno estadounidense intente desestabilizar el próximo gobierno laborista en Gran Bretaña. He planteado este problema en varias conferencias que he dado en EEUU, y creo que es conveniente que tanto nosotros como los estadounidenses empecemos a pensar sobre ello, porque si llegara a haber un intento de desestabilizarnos, esto sería comparable a las presiones que los soviéticos han venido ejerciendo en Polonia y tendrá que ser visto como tal.

Tener conciencia de las dificultades que vamos a enfrentar es de tremenda importancia para el éxito o fracaso del próximo gobierno laborista; es necesario hacer un análisis riguroso acerca de los fundamentos y extensión del poder del capital en este país, así como de sus vinculaciones con el sistema capitalista internacional. Pero al mismo tiempo, debemos ser cuidadosos, de manera de no arribar a un análisis negativo de la situación política que lleve al pueblo a pensar que no es posible hacer nada al respecto. Existe en ciertos sectores de la izquierda un tipo de pesimismo revolucionario que de hecho juega a favor de la derecha. Evidentemente, la derecha también intenta usar la existencia de estos obstáculos para persuadir al pueblo de que no podrá vencer, de que su lucha es una lucha sin esperanzas y que, por lo tanto, lo mejor es aceptar el *statu quo*. Por todo esto, pienso que desarrollar la confianza del pueblo en sus propias fuerzas es un elemento muy importante en la elaboración de una estrategia socialista para Gran Bretaña. El pesimismo de la ultra izquierda juega un papel negativo porque empuja al pueblo al cinismo o a la apatía o a la violencia ciega. Creo que en Gran Bretaña no existe ningún grupo auténticamente revolucionario que esté organizado al margen del Partido Laborista.

— *A propósito de su referencia al caso de Chile, ¿qué reflexiones ha provocado la experiencia chilena en la izquierda laborista?*

— Como ustedes saben, en el Partido Laborista existe una gran simpatía por la causa del pueblo chi-

leno. El golpe de septiembre de 1973 tuvo en Inglaterra una repercusión similar a la del advenimiento del franquismo en España. Desgraciadamente, una vez que el partido llegó al gobierno en 1974, no entregó el apoyo necesario. Sin duda, hizo algunas cosas útiles, con respecto a refugiados, etcétera, pero en un sentido fundamental no respondió como debiera ser. El flujo de armas, barcos... recuerdo el caso de los trabajadores de East Kilbride, quienes durante meses se negaron a entregar los motores de avión para la Fuerza Aérea chilena. Esta línea dura con respecto a la Junta chilena generó serios conflictos en el seno del gabinete. A los pocos meses de elegido el gobierno, Wilson ejerció una gran presión para conseguir la entrega de los motores a Chile, aduciendo que sería ilegal —considerando ciertos acuerdos internacionales— interferir en la venta de armamento al gobierno chileno. No recuerdo exactamente los detalles del conflicto, pero sí puedo decir que la capacidad de imponer sanciones fue muy distinta a la desplegada por Reagan frente a los acontecimientos en Polonia. No quiero dejar la impresión que no existió apoyo al pueblo chileno, sino que éste no fue suficientemente activo.

Luego, por supuesto, está el “dilema de Allende”, que es lo que en alguna medida ha dominado nuestra conversación. Brevemente, si uno trata de llevar a cabo un programa socialista, ¿es posible tener éxito? Y esta es una pregunta que ha perseguido a la izquierda con persistencia. Tuve la oportunidad de conocer a la señora Allende, en la conferencia de la TUC en septiembre pasado, y le formulé la siguiente pregunta, como evitar que ocurra aquí lo que ocurrió en Chile? Y, sin duda, Mitterrand y Papandreu han enfrentado discusiones similares en el seno del Partido Socialista francés y en el PASOK.

Lo que me dijo la señora Allende fue que, independientemente de las medidas que el gobierno tomó, éste fue estrangulado por los intereses financieros internacionales bajo el liderazgo estadounidense. Y que conste que nosotros —agregó— no buscábamos la instauración de un Estado marxista, sino que la nuestra era una tentativa de establecer el control sobre nuestros propios recursos, como el cobre; nuestros objetivos eran modestos, fuimos estrangulados por principio.

No quisiera pecar de infidencia con respecto a la señora Allende y continuar citando nuestra conversación. Pero a mi pregunta, ella respondió que no tenía dudas que un intento de reformas estructurales en Inglaterra o Francia tendría éxito, ya que éstos son países poderosos, industrializados e influyentes. Pienso, sin embargo, que esta preocupación permanece como una consideración muy significativa en el pensamiento de la izquierda británica, cuando estimamos los obstáculos que enfrentaremos en un posible gobierno. Pienso que la brutalidad y dureza de la

política estadounidense hacia Chile y Allende, y el apoyo entregado a la ITT y a Pinochet, es una lección que nosotros tenemos que considerar con seriedad. Más todavía, creo que es necesario hacer saber desde ya a los EEUU nuestra decisión de no tolerar una jugada como la de Chile en Inglaterra.

Al igual como la oposición a la intervención estadounidense en El Salvador está comenzando a expresarse con claridad. Reagan no ha conseguido apoyo para su política entre los países del Mercado Común; en concreto, para que envíen observadores a la farsa electoral salvadoreña. Numerosos gobiernos han planteado sus dudas. No creemos en ese proceso electoral. Pensamos que existe una gran hipocresía: se habla de libertad en Polonia, pero se oprime en El Salvador. Y creo que la actual administración estadounidense será difícilmente convencida por el peso de los argumentos, pero sí es posible alertar al pueblo aquí y en los EEUU de la imposibilidad de intentar una salida como la de Chile en nuestro país, la comunidad internacional no lo aceptaría. Por lo tanto, es necesario montar una campaña contra la posibilidad de una intentona similar, por parte del Pentágono y la Casa Blanca, en Gran Bretaña.

Al igual que en el caso del movimiento por la paz, donde hemos conseguido éxitos considerables, hemos forzado a Reagan y al Departamento de Estado por lo menos a cambiar el tono de sus intervenciones. Sabemos que la opción cero es una proposición seria, pero implica un reconocimiento por parte de la Casa Blanca de que ya no puede usar el lenguaje de la guerra fría y esperar el apoyo incondicional de Europa. De modo que uno puede usar estos ejemplos para ilustrar lo que anteriormente decía respecto de la necesidad de confiar en nuestros propios medios, y reafirmar que si somos francos, directos y categóricos, podemos crear una atmósfera en Inglaterra, Europa occidental y también en los EEUU, de modo que la administración estadounidense se vea forzada a pensar dos veces antes de intervenir.

Todo esto, pienso, se desprende de las lecciones que hemos extraído de Chile. Sinceramente, espero que en un futuro muy próximo nosotros podamos contribuir junto con Mitterrand, Papandreu y otros, al proceso de restablecimiento de las libertades en Chile.

— *Y en cuanto a El Salvador, que es un problema central para el movimiento socialista internacional y particularmente para los socialistas latinoamericanos, ¿cuál es su apreciación de las luchas revolucionarias y democráticas en América Central, tal como se expresan principalmente en Nicaragua, El Salvador y Guatemala?*

— Debo señalar, en primer lugar, que no soy un especialista en la situación de América Central, no he tenido la oportunidad de visitar América Latina, de modo que debo ser muy cuidadoso de lo que voy a

decir. Sin embargo, lo que me impresiona de manera particular es lo siguiente: si uno toma la década de los años 50 y de los 60, éstos fueron períodos de liberación en Asia y Africa. La década de los 60, fue el escenario del gran movimiento anticolonialista, la guerra de Vietnam, etcétera. Pienso que esta década de los 80 debiera ser la década de la liberación de América Latina. Esto puede sonar excesivo, dado el gobierno de Reagan y la derechización de la opinión pública estadounidense.

Existe, sin embargo, en América Latina una combinación muy interesante, con la cual me siento identificado. Por un lado, un movimiento sindical tratando de consolidarse, una tradición marxista y un cristianismo radical, un pueblo valeroso, un ideario socialista con una perspectiva internacional. Por otra parte, cuentan con considerable apoyo internacional, del Tercer Mundo, de los países de Europa oriental y Cuba. Pienso que, a partir de todo esto, se levanta una seria perspectiva para una estrategia de liberación exitosa. Es quizás aventurado decirlo, si uno toma en consideración el inmenso poder de los EEUU, pero —en general— imperios y hegemonías mundiales no duran por mucho tiempo. Suez en 1956 es un buen ejemplo: fue el último intento británico, con Francia, de imponer su voluntad sobre el mundo árabe, y terminó en un fracaso estruendoso.

Creo que estos avances de la liberación de América Latina pueden ser presentados no como una amenaza a los intereses de seguridad de los EEUU, que tienen intereses legítimos de seguridad, al igual que los soviéticos. Tengo una gran simpatía por los soviéticos, que han sido invadidos dos veces y sufrido una guerra de intervención, y así como no quisiera ver las luchas democráticas en Polonia adquiriendo una connotación que amenace la seguridad soviética, tampoco creo que los movimientos de liberación en América Latina deberían ser percibidos como una amenaza para la seguridad estadounidense, al menos si son presentados inteligentemente. En el corto plazo, se impone una defensa categórica por parte del movimiento socialista internacional de los pueblos de Nicaragua, El Salvador y Guatemala, defensa contra los intentos de los EEUU de imponer su voluntad en la región.

De modo que me siento optimista respecto a los avances futuros del socialismo y la democracia. Y este optimismo es un elemento central en una estrategia creativa, no sectaria. Porque si uno piensa que vamos a ser derrotados, entonces nos peleamos los unos con los otros; si pensamos —por el contrario— que vamos a triunfar, entonces es necesario construir nuestras alianzas lo antes posible. Por esta razón el optimismo juega una función tan importante en nuestra moral, como también una función importante en la perspectiva de cambiar los destinos de la humanidad. ☒

Socialismo, democracia, partido

Víctor Figueroa

Una cierta izquierda chilena y latinoamericana en general, en la cual nos inscribimos, ha logrado en el último tiempo algunos aciertos no despreciables en la crítica del marxismo soviético, maoísta, trotskista y eurocomunista. Como quiera que sea, lo cierto es que estas corrientes han sido capaces de desarrollar una cierta personalidad teórica y política tanto respecto de la sociedad que quieren superar como de aquélla que quieren construir. Por nuestra parte, en cambio, además de que los esfuerzos por entender la realidad propia aún no han coronado su obra, *no contamos* con ninguna concepción elaborada de la sociedad que queremos construir y de cómo construirla. Esta es una constatación aplastante, pero no por ello menos válida. Si tiene asidero, habrá que reconocer inmediatamente que nuestra práctica política no puede ser sino confusa, vacilante, en perfecta armonía con la ambigüedad de los objetivos que nos proponemos alcanzar. Allí donde la meta no está claramente definida, no hay más remedio que ir a la deriva. Y hemos estado a la deriva.

No es que el marxismo, hasta donde pudieron desarrollarlo sus autores, no haya avanzado definiciones cruciales en relación al socialismo; ni que nosotros no hayamos hecho ningún esfuerzo por entenderlas y asimilarlas a nuestra práctica. De lo que se trata es que el desarrollo de la revolución que el marxismo inspiró ha planteado *nuevos problemas* que ni aun Lenin, para no hablar del mismo Marx o de Engels, pudo resolver. O sea, la historia ha producido nuevos elementos que deben incorporarse a la teoría, elementos que no sólo hacen aparecer al marxismo como una teoría incompleta, sino que además bien pudieran demostrar que algunos de sus postulados son *incorrectos*, o que simplemente no son útiles para la lucha revolucionaria. En este sentido, la sola referencia a la obra de los autores del marxismo no puede dar lugar por sí misma a una práctica fértil.

Desarrollar el marxismo

Definir el socialismo y la forma cómo

Víctor Figueroa, chileno, doctor en filosofía y economista, reside actualmente en Inglaterra. El autor agradece a Roberto Pizarro, con quien discutió los planteamientos de este texto.

mo lograrlo requiere, pues, un mayor desarrollo del marxismo. Hacer esto no es más que seguir el método de sus propios autores. En ellos puede encontrarse un constante perfeccionamiento de su teoría de acuerdo con el acontecer histórico. Por ejemplo, quien quiera extraer de Marx una teoría del partido, no podría remitirse solamente al *Manifiesto comunista* sino también a las modificaciones que obligó a introducir la Comuna de París y el desarrollo de los sindicatos británicos.¹ Lo mismo es válido para el caso de Lenin. ¿Quién podría negar, por ejemplo, que los planteamientos del *¿Qué hacer?* debieron ser modificados en función de la revolución de 1905?²

Por otro lado, está el desarrollo de la lógica interna de la teoría misma que lleva a mejorar los métodos de análisis, de presentación, etcétera.

La influencia de este tipo de factores puede apreciarse aun en las sucesivas ediciones del volumen I de *El Capital*. Es el propio Marx quien nos dice que la edición francesa "...posee un valor científico independiente del original y debiera ser consultada aun por lectores familiarizados con la edición alemana".³

General y particular

Se sigue que la contribución de los autores del marxismo no puede ser abordada sin tener en cuenta su propia evolución, recurriendo a "citas" fuera de contexto. Hacer otra cosa equivale a deambular entre *varias* teorías o caer en críticas y defensas que aportan poco o nada. Así, por ejemplo, S. Amin⁴ ha criticado a Lenin por avalar los errores de Bujarin en su *Imperialismo y economía mundial*, que aquel introdujo positivamente. Seguramente Amin se habrá ahorrado su crítica si hubiese tenido en cuenta la evolución de Lenin, quien tras sus estudios de filosofía, decidió que no podía seguir confiando en ninguna de las teorías existentes sobre el imperialismo.

D. Nabudere⁵ salió en defensa de Le-

¹Ver, E. Balibar: "Marx, Engels y el partido revolucionario"; *Cuadernos Políticos* núm. 18, México, D.F., octubre-diciembre 1978.

²Ver Marcel Liebman: *Lenin in 1905*; *Monthly Review*, abril 1970.

³K. Marx: *Capital* vol. I, Postface to the french edition; Pelican Books, 1976.

⁴S. Amin: *Accumulation on a world scale*; *Monthly Review*, 1974.

⁵D. Nabudere: *The political economy of imperialism*; ZED, 1977.

nin, señalando que la crítica de Amin sólo busca impregnarle alguna originalidad a su trabajo. No se puede negar alguna razón a Nabudere, dada la superficialidad de la crítica de Amin. Sin embargo, no existe ninguna necesidad de defender el error evidente de Lenin. En verdad, él mismo confiesa que “Es completamente imposible comprender *El Capital* de Marx, y especialmente su primer capítulo, sin haber estudiado acuciosamente y entendido *toda* la *Lógica* de Hegel. Consecuentemente, medio siglo después, ninguno de los marxistas entendió a Marx”.⁶ Esta conclusión, a la cual llegó después de su trabajo en la Universidad de Berne, es ciertamente válida también para el propio Lenin. No es que una constatación tan importante como ésta anule toda su obra previa, pero sí nos permite en parte entender sus vacíos. En adelante, todas sus obras, incluidas —o tal vez, sobre todo— las de “carácter popular”, estarán impregnadas de un contenido científico distintivo, aunque no exentas de ambigüedades.

En suma, hay en la obra de los autores del marxismo y en su contribución una dimensión de indudable validez general, pero hay otra que sólo tiene valor en el contexto de las condiciones históricas en que tomó lugar. Debemos tener en cuenta esto en nuestros intentos por definir el tipo de sociedad que queremos construir y, sobre todo, de cómo construirla.

Socialismo = transición

Según Marx, “Entre el capitalismo y el comunismo media el periodo de transformación revolucionaria de la una en la otra. A este corresponde también un periodo de transformación política en el cual el Estado no puede ser otro que la *dictadura revolucionaria del proletariado*”.⁷ El consideraba que tal conclusión había sido una de sus principales contribuciones a la teoría de las clases y de la lucha de clases. De aquí lo primero que se desprende es que el socialismo no es en modo alguno una sociedad estable, con sus leyes propias de desenvolvimiento sino, precisamente, un proceso de *transición*, “la declaración de la permanencia de la revolución” como el mismo Marx afirmara en otro lugar.⁸ El punto de lle-

gada de este proceso son las relaciones comunistas de producción, la sociedad sin clases, lo que hace de la dictadura del proletariado una forma peculiar de Estado, puesto que se basa no en la existencia y reproducción de las clases, sino que se construye para la *abolición* de las clases.

En los análisis de orientación marxista, esto último aparece normalmente como la condición necesaria y suficiente para la desaparición del Estado. Sin embargo, se plantea un primer problema de inmediato: uno puede imaginar perfectamente el proceso de desaparición del Estado si el socialismo es un proceso universal, pero no es tan fácil cuando la revolución compromete un país aislado. En segundo lugar, en la cita de más arriba, Marx no nos dice nada respecto al desarrollo material necesario para que las relaciones comunistas de producción se establezcan, aunque su obra sugiere que él pensaba que tales condiciones existían ya en la segunda mitad del siglo pasado en los países más avanzados. Sin embargo, no es, ni puede ser lo mismo, una revolución en un país de capitalismo “plenamente desarrollado” y en un país “atrasado”.

Riqueza y miseria

Empezaremos por este segundo problema. A partir de la obra de Marx se puede deducir que el concepto de dictadura del proletariado y de socialismo, tiene en general dos momentos de aplicación: a) Cuando el desarrollo de las fuerzas productivas entra en contradicción con las relaciones de producción; y b) cuando las fuerzas productivas aun admiten la presencia de relaciones capitalistas. El primer momento está ligado al carácter histórico, transitorio, del capitalismo en base a factores que operan más o menos según la explicación que sigue.

La fuerza que apunta hacia la destrucción del sistema desde el punto de vista de la acumulación capitalista es la tendencia descendente de la tasa de ganancia, *en tanto* esta tendencia implica un crecimiento de la composición orgánica y técnica del capital, que se traduce en un predominio crecientemente mayor del capital constante sobre el capital variable. Esta, “la ley más importante desde el punto de vista histórico”, se traduce

también en crisis periódicas que obligan al sistema a dar un nuevo salto en el desarrollo de las fuerzas productivas y que, por lo mismo, no son en sí mismas signos de agotamiento del sistema. O sea, así como la tendencia en cuestión promueve los ciclos de crisis, promueve también los ciclos de crecimiento. Durante este movimiento de contracción y de auge, el capital mejora las técnicas de producción e intensifica el proceso de desplazamiento del obrero por la maquinaria, dando lugar a una población redundante en relación a las necesidades promedio del capital, conforme a la propia energía y extensión del proceso de acumulación. En el largo plazo, y cualquiera sean las causas o factores contrarrestantes, la producción capitalista tiende al mismo tiempo a la automatización del proceso productivo y a la consolidación de una población redundante o “ejército industrial de reserva”.

Consecuentemente, a la acumulación de la riqueza por el lado de los capitalistas corresponde la acumulación de la miseria por el lado de los trabajadores. En las palabras de Marx: “La misma causa que desarrolla el poder de expansión del capital, desarrolla también la fuerza de trabajo a su disposición. La masa relativa del ejército industrial de reserva se incrementa así con la energía potencial de la riqueza. Pero mientras más grande este ejército de reserva en proporción al ejército activo, más grande es la masa de una población excedente consolidada, cuya miseria están en razón inversa a la cantidad de tortura que tiene que sufrir en la forma de trabajo. Mientras más intenso, finalmente, la sección empobrecida de la clase obrera y el ejército industrial de reserva, más grande es el pauperismo oficial. *Esta es la ley general absoluta de la acumulación capitalista.*”¹⁰

⁶V. Lenin: *Collected works*, vol. 38 (Philosophical Notebooks); Lawrence & Wishart, 1972, p. 180.

⁷K. Marx: *Critique of the Gotha programme*; FLP, 1972, p. 27-28.

⁸K. Marx: *The class struggle in France*; International Publishers, 1964, p. 126.

⁹K. Marx: *Grundrisse*; Pelican Books, 1973, p. 748.

¹⁰K. Marx: *Capital*; *op. cit.*, p. 798.

Expropiadores expropiados

El extremo del proceso de automatización o de desplazamiento del trabajo vivo es el caso de la industria que funciona sin obreros prácticamente y a la cual la presente fase del desarrollo capitalista ya ha dado lugar, como sabemos, aunque todavía de manera muy marginal. Sin embargo, como la automatización completa del proceso productivo es ya la negación de las relaciones que el capital representa, es imposible que pueda ser llevada hasta sus últimas consecuencias por el capitalista, por lo que las fuerzas productivas entran en contradicción con las relaciones de producción. La consolidación de la población redundante y la expansión de la miseria que acompaña a la automatización impulsan a las masas a la revolución. En las palabras de Marx, "Junto con la disminución en el número de magnates capitalista, que usurpan y monopolizan todas las ventajas de este proceso de transformación, la masa de miseria, opresión y esclavitud, degradación y explotación aumenta... La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo alcanzan un punto en el cual son incompatibles con su tónica capitalista. Esta tónica revienta en pedazos. El toque de difuntos de la acumulación capitalista se hace oír. Los expropiadores son expropiados."¹¹

Es de suyo comprensible que la dictadura del proletariado aparece en este caso como una forma de liberar las fuerzas productivas de la traba que las relaciones capitalistas de producción han pasado a significar para su desarrollo. Aparece como el régimen político capaz de generar las nuevas relaciones que el desarrollo económico reclama.

¿Acto de voluntad?

Pero Marx, que estaba perfectamente consciente de las condiciones de su época, y que sabía muy bien que el capitalismo estaba lejos de alcanzar su agotamiento como sistema, llamó a los obreros en innumerables ocasiones a orientar sus luchas hacia el derrocamiento de la sociedad burguesa y a instaurar su dictadura de clase. Hoy día, cuando el capitalismo tiene aun un camino que recorrer, los

¹¹Ibid., p. 929.

Proletariado y pueblo

Sergio Bagú

Durante el siglo XIX, en etapas de rápida expansión de la aplicación de la máquina a la producción de bienes, hubo autores europeos que pronosticaron que en el capitalismo avanzado el proletariado industrial se expandiría con mucha mayor rapidez que otros sectores de trabajadores manuales asalariados.

La información estadística en la segunda mitad del siglo XIX fue descubriendo en los países europeos la presencia de otros sectores de trabajadores manuales asalariados cuya expansión numérica igualaba o superaba la de los proletarios industriales. El retraso agrícola de algunas regiones de Francia y del sur italiano planteaba una situación menos inesperada que, por ejemplo, el gran aumento de los asalariados domésticos en Londres, París y otros centros urbanos vitales del capitalismo más floreciente.

Después de 1945, en las regiones técnicamente más avanzadas del capitalismo central, apareció otro cuadro de modalidades muy diferentes: la extraordinaria expansión numérica del asalariado en el subsector más calificado del sector terciario, precisamente durante los mismos años en que el aumento del proletariado industrial parecía haber alcanzado un techo.

Todas estas tendencias, sobre las cuales existen estadísticas relativamente precisas, son estructurales y de largo plazo dentro del núcleo del capitalismo mundial. La tecnificación en la producción de bienes y servicios es una de las causas; la extraordinaria expansión cultural es otra. Pero también actúan factores de signo diferente: la decadencia de ciertas regiones en los territorios de las potencias dominantes y la exportación de ciertos sectores de la cadena de producción de bienes hacia zonas geográficamente alejadas.

En los países latinoamericanos de la periferia capitalista, el crecimiento industrial posterior a la segunda guerra mundial tiende a reproducir la misma curva de saturación, pero

en un plazo histórico bastante más corto, sin duda como consecuencia de la posición subordinada con la cual esos países entran en el ciclo del desarrollo industrial.

La tendencia a la saturación temprana coincide allí, por otra parte, con dos procesos que se generan con intensidad considerablemente mayor que la registrada en etapas de expansión industrial de los países centrales: el crecimiento de la población urbana y el de la población económicamente activa.

Dos casos nacionales. Uno, Argentina entre 1960 y 1970, años de expansión industrial: la población urbana aumentó un 20.13%; la población económicamente activa, un 13.80%; la mano de obra de la industria fabril sólo un 7.70%. El otro, Brasil en igual periodo: las tasas de aumento respectivas fueron de 36.32, 24.90 y 10.90%.

Conclusión: la tendencia histórica en el capitalismo central se reproduce con ritmo mucho más acelerado en el capitalismo dependiente de América Latina. Aquí, el proletariado industrial crece o se estabiliza inmerso en una amplia masa urbana de origen popular, la mayor parte de la cual entra en actividades remuneradas o industriales, o bien carece de toda posibilidad de encontrar actividades de ese tipo.

En medio de esa masa popular, el proletariado industrial es una minoría y seguirá siéndolo.

Esta reconstrucción tendencial de largo plazo está aquí planteada en un terreno limitadamente ocupacional; pero su proyección política surge con fuerza. El peso numérico del proletariado industrial tiende a ceder frente a la expansión de los otros sectores obreros y populares no obreros.

Me refiero exclusivamente, como puede observarse, a una tendencia cuantitativa. El análisis del fenómeno político resultante requiere, por supuesto, consideraciones de otro tipo. ☒

países avanzados en que Marx operó no pueden ver al siglo pasado sino como su propio estado de atraso. O sea, Marx pensaba que la revolución socialista no requería necesariamente que las relaciones de producción entraran en contradicción con el desarrollo de las fuerzas productivas. Dadas ciertas condiciones, no hay, en efecto, ninguna necesidad de la explotación, la miseria, las guerras, etcétera que son fenómenos propios del capitalismo.

Lo anterior nos permite constatar una distinción de primera importancia entre uno y otro proceso de revolución: mientras en el primer caso, la dictadura del proletariado es un resultado del desarrollo, en el segundo, el socialismo es un acto de la voluntad de la clase obrera que se rebela ante la explotación capitalista, un proceso fundamentalmente *subjetivo* de revolucionarización de las relaciones de producción.

En tales condiciones salta a la vista un problema básico: ¿no será el socialismo más bien un proceso *voluntarista*? O, en otras palabras, cuáles son las condiciones que hacen el socialismo posible en un país donde el capitalismo aun no ha alcanzado su punto de agotamiento o está lejos de ello? Según Marx, “Ningún orden social es destruido antes de que todas las fuerzas productivas para las cuales es suficiente han sido desarrolladas, y nuevas y superiores relaciones de producción nunca replazan las viejas antes de que las condiciones materiales para su existencia han madurado en el contexto de la vieja sociedad.”¹² Aquí el concepto básico es obviamente el de las “relaciones de producción [...] el fundamento real sobre el cual se levanta una superestructura política y legal y a las cuales corresponden determinadas formas de conciencia social.”¹³

Relaciones sociales

En este sentido es importante destacar que, al contrario de lo que sostiene una cierta interpretación del marxismo, las relaciones de producción son ante todo relaciones *sociales*. La ruptura más elemental de Marx con la economía política clásica consiste precisamente en que introdujo al hombre en la economía. Más aun, no sólo introdujo Marx al hombre en la economía, sino que lo puso además en el primer lugar y situó a la clase

obrero en el centro de todo su razonamiento. Así, el capital, que ante los ojos de muchos no pasaba de ser maquinaria, edificios, materias primas, dinero, etcétera, en Marx ... “es una relación social de producción”¹⁴, puesto que no tiene sentido hablar de capital sin hablar simultáneamente de trabajo asalariado. Como esta última es la relación básica del modo —capitalista de producir, se sigue que la condición material del socialismo es también la condición para la liberación del trabajo asalariado. Y como esta liberación es obra de la clase obrera misma, la condición objetiva para el socialismo existe allí donde hay un proletariado capaz de transformarse en clase dominante, esto es, allí donde el desarrollo de las fuerzas productivas hace posible que la clase obrera juegue un papel decisivo en la vida económica, social y política de un determinado país.

Si lo anterior nos permite aclarar la posibilidad del socialismo en un país “atrasado”, ello todavía no nos dice nada en relación al probable destino del Estado. Para poner el problema de la manera más clara posible haremos alusión directamente a nuestra realidad, donde la noción de “atraso” no es otra cosa que la designación ideológica del *subdesarrollo*. No se trata aquí de ninguna fase particular del desarrollo capitalista, sino de un fenómeno contemporáneo y específico del imperialismo, un modo subordinado de integración a la “economía mundial”. En nuestros países, el capitalismo no ha cumplido ni puede cumplir algunas tareas que le son específicas como modo de producción (por ejemplo, el desarrollo de un Sector I autónomo). Por lo tanto, problemas básicos del crecimiento económico deberán continuar resolviéndose a través de la relación con el “desarrollo” o los países desarrollados.

Mantención del Estado

Esto obviamente apunta a la mantención del Estado y a la negación de su carácter transitorio. También apunta a la mantención del Estado el hecho de que la revolución en un país cualquiera tiene que coexistir con Estados capitalistas que importan una amenaza permanente a sus avances y logros. Esto es válido también para

cualquier país desarrollado, pero es obvio que en nuestro caso los enemigos son más poderosos (no sólo en sentido militar), lo cual debe generar una tendencia no sólo al mantenimiento, sino también al *fortalecimiento* del Estado. Finalmente, si el comunismo es antes que nada el control de los medios de producción y de las condiciones de vida por los productores directos, su realización plena puede alcanzarse sólo a nivel mundial, puesto que ningún país *produce* todos los medios de producción que necesita, y que, por lo mismo, mal puede controlar. Por eso, las relaciones comunistas en un determinado país son siempre relaciones bloqueadas, cuyo desarrollo pleno es sólo posible a escala internacional. También, por eso, la revolución en un país determinado no es más que una fase de un proceso más vasto.

Pero nosotros participamos en la revolución mundial en la medida en que somos capaces de llevarla a cabo en nuestro país. Y en el límite de nuestra responsabilidad, o sea, teniendo en cuenta nuestras posibilidades en el respectivo país, lo más que podemos lograr es un tipo de sociedad que combina sus relaciones comunistas de producción en lo interno, relaciones que por ser sólo internas son también bloqueadas, con la presencia de un Estado que subsiste para la defensa de esas relaciones y para el estímulo de la revolución en otros lugares.

Todo ello no hace más que reforzar la necesidad de asegurar el carácter de clase proletaria del Estado, porque si una cierta concepción de la lucha de clases implica ya el peligro de la distorsión de su carácter de clase, este peligro es mucho más obvio en función de la necesidad de su mantención. Veamos primero cómo podría materializarse la distorsión de la dictadura del proletariado.

Tipo de burguesía

Hay un creciente consenso en relación al hecho de que la sociedad rusa

¹²K. Marx: *Contribution to the critique of political economy*, Preface; Progress Publishers, 1977, p. 21.

¹³*Ibid.*, p. 20.

¹⁴K. Marx: *Wage, labour and capital*; Progress, 1976, p. 28.

desarrollo en su seno un tipo particular de burguesía burocrática en base a las instituciones del Estado, la cual es claramente diferenciable de las masas que siguen existiendo como masas obreras propiamente tales. Esta noción fue difundida por Mao y, luego, por los trabajos de Bettelheim, pero, en verdad, mucho antes que ellos, el concepto ya había echado raíces en los trabajos de Raya Dunayevskaya, una gran humanista marxista. Aun en Chile, esta noción había encontrado eco bastante tempranamente, como puede apreciarse en la *Fundamentación Teórica del Programa del Partido Socialista*, redactada por Eugenio González allá por 1947:

“Dentro del régimen soviético se encuentra suprimida, en general, la propiedad privada sobre los medios de producción y de cambio; pero la forma de capitalismo de Estado, bajo el control de una burocracia política de carácter totalitario, ha invalidado los objetivos esenciales de la revolución socialista.”¹⁵

La proposición de que la abolición de la propiedad privada no anula por sí misma las relaciones capitalistas de producción es claramente consistente con el marxismo, o mejor dicho, es la única consistente con el marxismo. En verdad, la burguesía, más que propietaria es “capital personificado”, y sus “acciones son una mera función del capital”.¹⁶ “Si a los ojos de la economía clásica, el proletariado es meramente una máquina para la producción de plusvalía, el

capitalista también es una máquina para la transformación de esta plusvalía en más capital.”¹⁷ En fin, en los tres volúmenes de *El capital*, así como en otras obras aparecidas después de la Comuna de París (como el *Anti-Dühring*, de Engels), se puede encontrar la misma concepción. Una cierta capa social puede cumplir las funciones de los varios capitalistas en condiciones en que los medios de producción están en poder del Estado. La producción capitalista es antes que nada la reproducción de las relaciones de producción, y para ello se requiere no que los capitalistas individuales controlen (legalmente) los medios de producción, sino que los trabajadores permanezcan *separados* de ellos, sin acceso a su control y al control de la producción.

Discusión abierta

Si bien es cierto que el consenso sobre la realidad rusa tiende a extenderse, no es menos cierto que las causas que dieron origen a la burguesía de Estado en ese país es materia de discusión abierta. Los sectores de orientación maoísta culparon casi unánimemente al XX Congreso del PCUS, como si una materia de esta naturaleza pudiera dilucidarse en un congreso. Con ello no hacían más que ocultar todo el contenido de la era estaliniana. Por nuestra parte, sólo podemos limitarnos a consignar rápidamente lo que nos parece más decisivo. Sin pretender encontrar una causa única, creemos que sí existió una causa determinante, a saber, los

efectos de la guerra civil y la intervención foránea sobre la composición de la población, al eliminar prácticamente a la clase obrera y al debilitar en extremo sus instituciones de clase.¹⁸

¿Qué tipo de Estado proletario podía levantarse a partir de esa realidad? Obviamente, ninguno. El proletariado no podía organizarse en clase dominante puesto que su influencia sobre el resto de la sociedad, que por lo demás era débil ya antes de la guerra, había quedado prácticamente anulada. En vez de que la clase obrera constituyera su propio Estado, lo único posible era que el Estado reconstituyera a la clase obrera. En este contexto, la NEP y el capitalismo de Estado (que por muy “especial”, como lo definía Lenin, que fuera, no dejaba de ser capitalismo de Estado), era la única política aplicable. Esta situación contradictoria y la necesidad de mostrar una revolución victoriosa capaz de promover el socialismo en los países más avanzados, debía obligar a Lenin a imprimirle a su teoría del partido, del socialismo, etcétera, un contenido muy especial, como veremos más abajo. Con Stalin vino el predominio estatal completo y, en tales condiciones, el desarrollo de una burguesía de Estado no era ni siquiera una opción para

¹⁵J. C. Jobet y A. Chelén: *Pensamiento teórico y político del Partido Socialista*; Quimantú, 1972, p. 75.

¹⁶K. Marx: *Capital*; *op. cit.*, p. 739.

¹⁷*Ibid.*, p. 742.

SUMA Y SIGUE

“Moscú, 18 de diciembre (AFP, DPA y EFE). El presidente soviético y primer secretario del Partido Comunista de la Unión Soviética, Leonid Brejnev, recibió hoy en el Kremlin las más altas distinciones oficiales de los países comunistas con ocasión de su cumpleaños número 75, que celebrará mañana.

Los líderes comunistas aliados Teodor Jivkov (Bulgaria), Janos Kador (Hungría), Erich Honecker (RDA), Nicolae Ceaucescu (Rumania), Gustav Husak (Checoslovaquia) y Jumjaguin Tsendenbal (Mongolia), entregaron a Brejnev —entre otras condecoraciones—, una Nueva Orden de Lenin, la Estrella de Oro de Héroes de la República Popular de Bulgaria y la de la República Socialista de Checoslovaquia...”

Excelsior, México DF, 19 de noviembre de 1981.

“Moscú, 23 de diciembre (UPI). El presidente Leonid Brejnev recibió hoy la Medalla Vavilov por su contribución a la teoría y al desarrollo del comunismo científico, informó la agencia oficial de noticias soviética TASS [...]

El premio fue otorgado cuatro días después del septuagésimo quinto cumpleaños del dirigente soviético, ocasión en que le fueron otorgados varios títulos y condecoraciones que agregará a su vasta colección.”

Unomásuno, México DF, 24 de diciembre de 1981.

el proceso ruso; era más bien *el único desarrollo posible*.

Tarea de la revolución

Pero estas condiciones de Rusia no son un requisito para el surgimiento de una burguesía de Estado. Esta puede aparecer en condiciones de un proletariado numeroso y *organizado sobre líneas que no lo transforman en clase dominante*.

El trasfondo *material* para su existencia en nuestros países está dado por el hecho de que las fuerzas productivas admiten la presencia de relaciones capitalistas de producción. Su trasfondo *ideológico* es una cierta teoría del partido. Dadas las características de la revolución en nuestros países (no es la "infraestructura" lo que promueve cambios en la "superestructura", sino ésta la que revoluciona las relaciones de producción), este último es el aspecto decisivo.

Por ahora, constatemos que, conforme se deduce de lo anterior, la tarea de la revolución no consiste simplemente en derrocar a los capitalistas, sino también en *impedir el desarrollo de una burguesía de Estado*. Ciertamente, el problema consiste en cómo lograrlo. La respuesta parece ser el desarrollo de la más intensa y extensa democracia proletaria. Pero, ¿qué es la democracia proletaria? Más aun, ¿qué es la democracia en general?

Democracia formal

Mientras la dictadura burguesa significa democracia para los capitalistas y represión para los obreros, la dictadura del proletariado significa democracia para los últimos y represión para los primeros. Así se dice normalmente. Sin embargo, esta definición, aparte de ser lo suficientemente abstracta como para eludir problemas concretos, es además incompleta en cuanto oculta el hecho de que el capitalismo da lugar a una cierta democracia para los trabajadores, un tipo de democracia que la dictadura del proletariado *no puede ofrecer a los capitalistas*.

En efecto, no es necesario ningún esfuerzo para apreciar un cierto grado de participación de los trabajadores en los *asuntos de la sociedad burguesa* en los países de capitalismo occidental y en algunos países subdesarrollados. La organización funda-

mental a través de la cual la clase obrera ejerce esta participación son los sindicatos. Pero se trata de una participación que puede tener lugar sólo hasta donde *no cuestiona* las relaciones de producción *ni perturba* significativamente el funcionamiento del sistema. Se trata de una participación limitada a las *relaciones de distribución*, ya determinadas por las relaciones de producción. Se puede influir a través de los sindicatos sobre cuánto más o cuánto menos se destinará al capital variable, pero no se puede discutir si el producto habrá de dividirse o no en capital constante, capital variable y consumo de los capitalistas. Este es el supuesto de la participación obrera en la sociedad burguesa, el supuesto de lo que se conoce como *democracia formal*.

Democracia real

Esta democracia formal no es ninguna necesidad de la cual la burguesía no pueda prescindir, puesto que ella goza de la única democracia a la cual le asigna valor verdadero, la *democracia real*, o sea, su capacidad para *decidir* sobre las cuestiones decisivas de la sociedad burguesa. Este derecho de la burguesía emana en última instancia de las relaciones de producción y lo ejerce a través de su propia organización en clase dominante, expresada en el Estado con sus instituciones militares, judiciales, culturales, etcétera. Las formas en que el Estado expresa el dominio de clase varían según exista o no la democracia formal. Cuando no la hay, los sindicatos devienen también en organizaciones del Estado, lo cual puede ocurrir porque, dada su naturaleza, no cuestionan, sino más bien en cierta forma legitiman, la dominación clasista.

Así, pues, el hecho de que, por ejemplo en Chile, no exista democracia formal no significa que no exista ninguna democracia. En verdad, los capitalistas no sólo gozan de su democracia real, o sea, no sólo siguen decidiendo sobre los asuntos de su sociedad, sino además gozan de una *mayor libertad* para ello que en el pasado, esto es, deciden más libremente, sin las limitaciones que pueda presentar un movimiento obrero bien organizado.

Cuestión de principios

Bajo la dictadura del proletariado,

en cambio, no hay cabida para la democracia formal, o sea, para la participación de la burguesía en los asuntos de la sociedad. La razón reside en que es muy distinto un tipo de dominación que se levanta sobre la base de la *reproducción de las clases*, como la capitalista, a otro que se construye *para la eliminación de las clases*, como la proletaria.

No es que la revolución descarte de antemano las concesiones a la burguesía, puesto que eso depende del tipo de táctica que se requiere; se trata de que si la dictadura del proletariado tiene como fin la abolición de las clases, no tiene más remedio que reprimir el sistema de clases como el hilo conductor de su actividad.

Tampoco es que el marxismo sienta simpatía por la represión; por el contrario, siente aversión por el Estado, por todo Estado. De ahí la dictadura del proletariado y el socialismo *no son el objetivo del marxismo*; pero su necesidad histórica, al mismo tiempo, los transforma en una *cuestión de principios*, en tanto con el único medio para avanzar hacia el verdadero objetivo: el comunismo. En las palabras de Lenin: "Los principios del comunismo consisten en el establecimiento de la dictadura del proletariado y en la aplicación de la coerción por el Estado durante el período de transición. Tales son los principios del comunismo, pero éste no es su objetivo."¹⁹

Democracia proletaria

Si la dictadura del proletariado niega la democracia a la burguesía, ello quiere decir que su esencia consiste en la democracia real para el proletariado. Y esta última consiste en el ejercicio de la dominación del proletariado *por sí mismo*, a través de su Estado, su propia organización en clase dominante. El socialismo, pues, no puede ser algo tan mezquino como, por ejemplo, la libertad para los sindicatos. Los sindicatos son la forma natural de organización del proletariado en tanto clase *asalariada*, o sea, *dominada*, y su libertad no es

¹⁸Ver. P. Sweezy y Ch. Bettelheim: *On the transition to socialism* ("A replay", de Sweezy); Monthly Review Press, 1972, pp.50-52.

¹⁹V. Lenin: *Cartas sobre táctica*; Ed. Progress, 1972, p. 46.



otra cosa que libertad *de negociación*, en circunstancias de que el socialismo y la dictadura del proletariado significan capacidad *de decisión* sobre los grandes y pequeños problemas de la transición. Quien postule que el socialismo significa que los trabajadores van a tener capacidad para negociar sus condiciones de vida y de trabajo, está peligrosamente alimentando la dominación por un cuerpo que se coloca por sobre la clase obrera, está alimentando *la dominación por el partido*.

Las formas concretas en que el proletariado organice su Estado no pueden ser materia para la previsión teórica; resultan de la lucha de clases misma. Los sindicatos son un instrumento de esta lucha. Empero, en la medida en que el movimiento se desarrolla y los límites de los sindicatos se hacen visibles, en otras palabras, cuando la lucha de masas comienza a trascender el ámbito reivindicativo, los trabajadores se ven forzados a darse formas de organización nuevas y superiores en el contexto del escenario económico, político y social en que actúan. No será lo mismo en los países desarrollados y en los subdesarrollados. En Chile conocimos el “poder popular” que, en sus rasgos trascendentes, bien pudiera servir de modelo para el nuevo Estado, del mismo modo que los soviets de 1905 insinuaron lo que podría ser —pero nunca fue— el Estado proletario de 1917.

Estado y partido

Constatar que el nuevo Estado se insinúa ya en la lucha contra el capitalismo, no significa afirmar que su desarrollo debe quedar sujeto a su puro movimiento espontáneo. Es necesario orientarlo, lo cual corresponde al partido, de modo que simultáneamente sirva a los objetos de la lucha contra el capitalismo y avance (este avance nunca puede ser completo) hacia la configuración de un sistema proletario de dominación.

Más allá de las formas concretas del Estado proletario, es importante destacar lo siguiente. Todo Estado supone una instancia máxima. Lo decisivo en nuestro caso es que esta instancia, que podría llamarse, digamos, “Comando Nacional del Pueblo” y cuya columna vertebral la constituyen las organizaciones de la clase obrera, debe expresar en su seno todas las organizaciones del pueblo, o sea, debe ser la síntesis de una actividad que surge “desde abajo”.

En segundo lugar, el tal “Comando Nacional del Pueblo”, con miembros calificables y removibles por las organizaciones inferiores, debe tener efectivamente capacidad de decisión.

Esto significa que las grandes decisiones no pueden ser tomadas por el comité central o el congreso del partido.

Lo cual nos trae a otro problema, porque es bastante difícil imaginar que el proletariado pueda contar con

una maquinaria estatal lista para ser puesta en marcha en el momento en que los capitalistas han sido desalojados del poder. Las nuevas organizaciones obreras aún no han hecho el tránsito desde la lucha contra el sistema al *ejercicio* del poder. Hay de por medio un proceso de destrucción del Estado capitalista y de construcción del Estado proletario, que no puede en modo alguno ser un proceso espontáneo.

Necesidad del partido

El momento en que la burguesía es desplazada del poder es también el momento de la más encarnizada lucha de clases, cuando la sociedad es estremecida por la más profunda de las crisis, y cuando los problemas relativos a la “conquista del poder” aparecen de manera concreta, bajo formas que seguramente no fue posible prever; cuando la burguesía, que todavía es y seguirá siendo por un tiempo la clase más poderosa acude al boicot, el sabotaje y todas las formas imaginables de lucha, haciendo más difícil la resolución de los problemas y creando otros nuevos; cuando la inexperiencia debe ser suplida por la imaginación y la actividad rápida y certera. Por ello, la consolidación de la derrota de la burguesía no puede ser el resultado de la actividad espontánea de las masas. Esta actividad debe ser *dirigida*, orientada, por una vanguardia resuelta, serena, imaginativa, con capacidad para influenciar una actividad discipli-

nada de las masas. Por lo mismo, quién sucede inmediatamente a la burguesía en el poder, no es directamente el proletariado, sino el *partido*. Que éste se consolide o no en el poder *depende de sí mismo*, de la conciencia que tenga de su misión, o sea, de la teoría que respalda su actividad.

Es en este punto donde se impone una superación de la teoría de Lenin. El decía que, “Los Soviets de Obreros y Campesinos son un nuevo *tipo* de Estado, un nuevo y superior *tipo* de democracia, una forma de dictadura proletaria, un medio de administrar el Estado *sin* la burguesía y *contra* la burguesía.”²⁰ No hay nada objetable en esta definición si ella ha de considerarse un abstracto y en relación a lo que los soviets *debían* ser. Sin embargo, la situación, en las palabras del propio Lenin, era distinta: “Ahora el poder ha sido conquistado, retenido y consolidado en las manos de un partido único, el partido del proletariado, aun sin los no confiables compañeros de ruta.”²¹ En Lenin, el partido es por definición el *representante* del proletariado, y los soviets cumplían el papel que él les asignaba *en tanto representados por el partido*, o sea, no lo cumplían *por sí mismos*, que es lo único que asegura la realización de la dictadura del proletariado.

Partido revolucionario

No es que Lenin nunca llegara a tener una imagen distinta del socialismo. En una oportunidad señaló: “Todo individuo debe actuar como juez y participar en el gobierno del país, y lo que es más importante para nosotros es enrollar a cada trabajador en el gobierno del Estado. Esta es una tarea tremendamente difícil, pero el socialismo no puede ser introducido por una minoría, por un partido.”²² Si los trabajadores y la población en general han de hacerse cargo de la dirección del Estado, ello no puede ocurrir a través del partido, sino a través de las organizaciones propias de la población en general y de los trabajadores en particular. Por lo mismo, las decisiones no se tomarán en el partido sino en los organismos propios del nuevo Estado.

Sin embargo, este lado de Lenin permanecerá como su perfil oculto, no sólo en interés de la nueva casta

que se desarrollará alrededor del Estado, sino también porque Lenin mismo no tuvo oportunidad de poner en práctica una concepción que no fuera aquella del partido que se organiza “para el ejercicio del poder”. Es por esto que el modelo que Lenin tuvo que aplicar en la práctica, y que se transformará en la “teoría leninista del partido”, no es útil a la revolución socialista. Tampoco son totalmente útiles las proposiciones que Lenin elaboró hasta antes de 1917, por cuanto ellas se enmarcan en el modelo de *revolución democrático-burguesa*, no socialista, que él visualizaba para Rusia hasta ese entonces.

Un partido auténticamente revolucionario es aquel que orienta su actividad en el sentido de *no consolidarse en el poder* por sobre las organizaciones propias del pueblo. La condición primera de un proceso de esta naturaleza es la *disposición ideológica del propio partido para crear las condiciones que permitan que el proletariado ejerza su dominio de clase por sí mismo*.

Dictadura de partido

El nuevo Estado no puede asumir la forma del partido, con sus comités de base, locales, regionales, su comité central y su congreso. El Estado *trasciende* al partido revolucionario; es algo en lo cual el partido puede *incrustarse*, pero nunca reemplazar. Gramsci insistió con razón en que el partido “... no es ni puede ser visto como la forma del proceso, una forma maleable y sujeta a la voluntad de los líderes.”²³ Pero ¿qué conclusión debemos obtener de esto? Obviamente, no podríamos seguir el análisis de Gramsci que tras su constatación termina poniendo al partido *por sobre* las organizaciones que podrían configurar el nuevo Estado. Pensaba que: “El Partido Socialista es un partido ‘que gobierna’, un partido dedicado al ejercicio del poder político.”²⁴

E insistía en que “El Partido sigue siendo el aparato dirigente dentro de este irresistible movimiento de masas, y ejerce la más efectiva de las dictaduras basado en el prestigio, en la aceptación espontánea y consciente de una autoridad que los trabajadores ven como indispensable si su misión ha de cumplirse.”²⁵

Si el partido acapara el ejercicio del poder político para sí, ello significa, en primer lugar, que ese poder es *negado* a las organizaciones que las masas crearon en su lucha contra el capitalismo; significa, precisamente, que los trabajadores siguen sujetos a una “autoridad”. En segundo lugar, si el partido ha de ejercer “la más eficaz de las dictaduras”, entonces lo que existe es la dictadura del partido y no la dictadura del proletariado en sentido estricto. En tercer lugar, si el partido ejerce el control político, ejerce también el control de la producción, y, consecuentemente, mantiene alejados a los trabajadores y sus organizaciones de ese control, o sea, *reproduce las relaciones capitalistas de producción*. En otras palabras, esta teoría del partido constituye el trasfondo ideológico sobre el cual *puede proyectarse el desarrollo de un burguesía de estado*. Por eso debemos rechazarla. Con todo, es un pensamiento de este tipo el que ha dominado nuestras concepciones sobre la lucha política.

Estado de trabajadores

El partido que la revolución socialista necesita, debe estar ideológicamente preparado para renunciar al poder que ha conquistado sobre las espaldas de la lucha de masas. “Renunciar”, no en el sentido de abandonar a su suerte el destino de la revolución, sino en el sentido de poner todo su empeño en la construcción del Estado proletario, o sea, en el sentido de abordar cabalmente su misión durante la fase de destrucción del Estado burgués y de construcción del Estado de los trabajadores. Se trata de un partido que en un cierto punto *se niega a sí mismo* como vanguardia y representante del proletariado a fin de que la dirección del

²⁰V. Lenin: “Letter to american workers”; *Selected works*, op. cit., p. 465.

²¹V. Lenin: *Selected works*; op. cit., p. 465.

²²Citado en R. Dunayevskaya: *Marx's capital and today's global crisis*; News & Letter, 1978, p. 106.

²³A. Gramsci: *Selections from political writings, 1910-1920*; Lawrence & Wishart, 1977, p. 143.

²⁴*Ibid.*, p. 167.

²⁵*Ibid.*, p. 144.

proceso quede en manos de los trabajadores mismos. Es éste el tipo de partido del cual puede decirse que interpreta fielmente el interés de la revolución.

No significa lo anterior que el partido desaparezca una vez que se ha organizado el nuevo Estado, pero entonces, su actividad no lo pondrá por sobre las organizaciones del pueblo, sino que se desarrollará *dentro* de ellas. El proletariado podrá evaluar la validez de sus planteamientos y asumirlos o no, ya que no hay nada que asegure que sus planteamientos son correctos, salvo la fobia dogmática de ciertos "revolucionarios" que se ven a sí mismos y a su partido como infalibles. Que los miembros del partido participen o no en los organismos dirigentes del nuevo Estado, será determinado por las propias masas y no por alguna definición teórica que los transforma en dirigentes obligados. Los errores del partido tampoco implicarán un riesgo inminente para las relaciones de producción, ya que el control obrero estará asegurado independientemente del partido, aunque ello sea así gracias al partido. Y el proletariado ejercerá una *democracia real*, porque las decisiones no se tomarán en el "comité central" sino en los órganos propios del Estado de masas, a los cuales el partido podrá acudir con sus proposiciones.

El partido necesario

Es imposible delinear una frontera entre la destrucción del Estado burgués y la construcción del Estado proletario, y un partido como el que se necesita deberá encargarse de que tal frontera sea lo menos perceptible posible. Por ejemplo, para la represión de la burguesía, el partido no debe concentrar sus esfuerzos en crear policías secretas, que al final de cuentas sólo pueden actuar bien como

instrumentos para la defensa del propio partido, sino que deberá confiar primordialmente en la capacidad de las masas, impulsando y difundiendo experiencias tipo tribunales populares. De este modo, la consolidación de la derrota de la burguesía es también el proceso de construcción del nuevo Estado. Tampoco parece posible determinar la duración en el tiempo de la transición de uno a otro tipo de Estado. Sí podemos decir con certeza que la revolución avanza en un primer momento *en la medida en que el proletariado deviene en clase dominante*. La medida en que el partido se consolida en el poder y se transforma en autoridad respecto de las masas, es también la medida en que la revolución *se estanca y retrocede*. Una vez construido el Estado proletario, o sea, cuando se ha dado lugar efectivamente al socialismo, la revolución avanza en la medida en que el proletariado *se disuelve* como clase dominante, o sea, como clase en general.

Si este partido es necesario, entonces hay que construirlo. Es inútil creer que la revolución en nuestro país podría confiar en la variedad de partidos que se proclaman en favor del socialismo. No se puede pensar que un partido es revolucionario, o, incluso, que puede llegar a serlo, sólo porque "postula" el carácter socialista de la revolución. Muchos partidos que así hacen pueden ser al mismo tiempo la perfecta imagen de lo que un partido revolucionario *no debe ser*. No podrían tampoco los dirigentes afianzar sus posiciones combatiendo a la militancia que discrepa, y mucho menos cuando esta militancia no hace otra cosa que defender las posiciones socialistas. ¿Si tanto interés muestran por el control de los aparatos partidarios, es de imaginarse la importancia que le asignarán al control... del aparato del Estado!

Quien reprime para controlar un partido, ¿porqué no ha de reprimir para controlar el Estado?

Construirlo sin demora

El partido que debemos construir es esencialmente un partido democrático porque refleja en sus relaciones internas el tipo de sociedad que quiere contribuir a edificar. Es también un partido disciplinado, pero se trata de una disciplina forjada en la práctica de la democracia, y no en la represión de la discusión y en las expulsiones. A nadie convence si al postular la democracia proletaria, refleja en su vida interna las relaciones de dominación de la sociedad burguesa. Los dirigentes que así actúan son el resultado de una escuela incompatible con el socialismo. Y hacen escuela, porque contribuyen a la formación de una militancia *oportunista* que tiende a ver la represión como algo propio de la vida partidaria. El partido revolucionario no puede renunciar a la denuncia de estos métodos y de las concepciones ideológicas que los respaldan, no sólo para clarificar la posición verdadera de tales dirigentes ante las masas, sino también para desarrollar las prácticas y concepciones propias.

Construir un partido no significa otra cosa que construir un *instrumento* de la lucha de masas, en el más estricto sentido del término. No es la clase obrera la que sirve a los intereses del partido, sino éste quien sirve los intereses de la clase obrera. Requiere, por lo tanto, de una militancia con una gran vocación de servicio, generosa, capaz de asumir con humildad la ambición de contribuir a la realización de una humanidad no conquistada, tarea para la cual el agente más adecuado es, no el partido, sino la clase obrera. Podemos construir este partido, y debemos intentar hacerlo sin demora. (X)

SOCIALISMO : DE DERECHA

— Usted, ¿volvería?

— No... porque Santo Tomé hoy es de izquierda, y a mí la izquierda no. Muchos piensan como yo, y por eso no han regresado.

— Usted, políticamente, ¿por quienes se inclina ?

— Veo televisión, escucho radio y prefiero a los socialistas."

Amadeo Bambi, originario de Santo Tomé, ex colonia portuguesa, radicado ahora en Lisboa; *Qué Pasa* núm. 559, Santiago de Chile, 24 al 30 de diciembre de 1981.